

Introducción

Mundos en disputa

El presente volumen es el resultado de un esfuerzo colectivo por compartir y evidenciar distintas posiciones políticas, discusiones académicas y aproximaciones metodológicas que constituyen el campo de los estudios culturales. En ese sentido, aquí no se pretende proponer una versión única sobre lo que son los estudios culturales, pues sabemos que éstos, como muchos campos, se definen por el conjunto de sus definiciones, siempre limitadas, interesadas, polifónicas, en disputa. No obstante, consideramos que el disenso y permanente enfrentamiento crítico favorecen el intercambio de ideas, a veces a pesar y otras muy a propósito de las distintas trayectorias profesionales y vitales, permitiendo compartir lugares de enunciación y caminos similares, bajo políticas como las de construir posiciones críticas respecto de lo que se es y se quiere (ha)ser en estudios culturales. En esta dinámica fue posible proponer y consolidar los artículos que hacen parte del presente volumen, resultado de un tránsito común por la experiencia de la Especialización en Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Javeriana. El volumen es compilado bajo el título de *Mundos en disputa*.

Para que *Mundos en disputa* fuera posible se debieron sortear varios enfrentamientos e imaginar diferentes tácticas de negociación. El último enfrentamiento, tal vez el que más significado tuvo en este proceso, fue la disputa por el título del volumen. Juan Ricardo Aparicio, compañero de andanzas, nos había regalado uno: *Volteando el mundo al revés*, el cual tiene varios sentidos. Puede ser una invitación a “poner el mundo en orden” o “dejarlo como está”, si pensamos desde una lógica enraizada que

la negación de la negación es una afirmación, o que la suma de dos términos negativos —en este caso *voltear y revés*— tiene como resultado uno afirmativo, *orden*. Lógica que seguramente está enmarcada en formas de producir conocimientos modernos, coloniales, capitalistas, masculinos. Por otro lado, si se concibe desde un pensamiento *otro*, puede ser una estrategia para *voltear* varias veces el orden hegemónico que conocemos, sin garantía alguna de que ese ejercicio no produzca más que el mismo orden que se desea retar; pero también con la apuesta de generar condiciones de posibilidad para abrir espacios a diferentes proyectos políticos. Por último, *volteando* el mundo al revés puede ser una retahíla coloquial, una maroma de palabras con la fuerza de la evocación, cuyo efecto sea el desorden de lo que se dice, la diseminación de sentidos y la emergencia de *otros* significados indisciplinados, impensados, inesperados. No obstante, el mercado académico imposibilitó la libertad de nombrar generando, paradójicamente, otras posibilidades.

Por ello *Volteando el mundo al revés* se transformó en *Mundos en disputa*. El cambio en la forma de nombrar es para nosotras una táctica de enmascaramiento, evidentemente marcada por pasiones teóricas, frente a la angustia del mercado, el consumo, la institucionalidad y la lógica patriarcal que no puede dejar de pensar que la negación de la negación puede ser signo de desorden. Además, *Mundos en disputa* constituye una respuesta política y personal, en tanto lo personal es político, a problemas sociales y culturales que se nos presentan como urgentes si no para resolver, tal vez sí para pensar actuando. En ese sentido, es importante detenernos en algunos de los elementos que aparecen en la portada y narrar por qué los consideramos una metáfora de lo que puede entenderse como estudios culturales. *Disputa* porque orienta las maneras de intervenir desde los estudios culturales, si se piensan las mismas como una continúa confrontación. La foto satelital, porque funciona como metáfora de las condiciones contemporáneas en las que existimos y de los poderes con los cuales discutimos: globalización, colonialidad, economía y cultura. La mira, porque es metáfora de la necesidad de situar la producción y estudio de conocimientos, dándoles un contexto específico, en el supuesto de que quien produce conocimiento también es objeto de ese mismo conocimiento, hace parte de esas mismas prácticas. Por último la niña, porque es encarnación del gesto crítico, del desorden, y también indicador de la creciente participación de las mujeres en este campo.

Después de describir los sentidos de nuestro trabajo intelectual, consideramos necesario hacer un panorama de la trayectoria de los estudios culturales en Colombia, para ubicar allí la experiencia más propia del desarrollo del campo en la Universidad Javeriana, específicamente en la Especialización en Estudios Culturales. Este horizonte tendrá un carácter limitado, localizado e interesado, al ser narrado desde la experiencia propia, documentos institucionales, apuntes de clase, juergas de jueves en la noche y las discusiones que hemos sostenido como alumnas y profesoras del programa con

estudiantes, compañeras y compañeros, profesoras y profesores, cómplices y amigos. Un esfuerzo que no tiene más pretensiones que dar una versión de las muchas versiones que al respecto deben existir sobre un campo aún en construcción, pero con la convicción de que hacer memoria, dar sentido a las experiencias vividas, es un acto político.

Finalizando, reseñamos los diferentes artículos que publicamos aquí, observando las prácticas concretas que se proponen, los temas estudiados y las intervenciones políticas que se presentan, para así afirmar las distintas posibilidades analíticas, políticas e investigativas presentes en la producción de conocimiento en el campo de los estudios culturales.

Estudios Culturales en disputa

El interés por pensar los estudios culturales en nuestro país tiene un precedente fundamental en la obra de Jesús Martín-Barbero (*De los medios a las mediaciones; Oficios del cartógrafo*). Doctor en filosofía, cartógrafo de mapas nocturnos, artesano, nómada y viajero, desde la década del setenta, Martín-Barbero ha desarrollado un trabajo anclado en los Estudios de la Comunicación, pero no ajeno a otros campos críticos. En su obra, influenciada por la escuela de Frankfurt, el pensamiento de Antonio Gramsci y la necesidad de localizar lo particular de la experiencia latinoamericana, propone desplazar los análisis de la comunicación social hacia los procesos de consumo cultural y vida cotidiana de los y las agentes de dicha comunicación. Tal desplazamiento invita a pensar la comunicación no desde los medios, sino desde las mediaciones.

En ese sentido, más que una cuestión de estructura tecnológica o de tecnología gerencial, más que un “aparato ideológico” que coopta al receptor, la comunicación es una cuestión de *experiencia* —en términos benjaminianos—, donde es posible construir sentidos sociales, culturales, desde lo que se hace y negocia en la vida cotidiana. Por ello, la pregunta no es sobre el efecto de la radio en la gente, sino sobre el efecto de la gente en la radio (Castro-Gómez, Flórez Malagón y Millán de Benavides). Gracias a este giro, entre otras muchas cosas, Martín-Barbero conjuró las amenazas maternas de varias generaciones que aseguraban que la televisión nos iba a volver idiotas.

Indudablemente, entre los años setenta y ochenta, liderados por el pensamiento de Martín-Barbero,

[...] lo que teóricos como Néstor García Canclini, José Joaquín Brunner, Renato Ortiz, Octavio Ianni, Fernando Calderón y Norbert Lechner empiezan

a descubrir es que la industria cultural y el “mercado de mensajes” definen un nuevo principio de organización de la vida cotidiana en Latinoamérica, el cual sustituye las formas propiamente “modernas” de organización en torno al trabajo y la política. Semejante giro interpretativo permite afirmar algo absolutamente impensable para las teorías de la modernización y la dependencia: la gran mayoría de la población en América Latina no ha accedido a la modernidad de la mano de la educación o de los programas letrados e ideológicos de las vanguardias intelectuales, sino de las nuevas tecnologías de la información (Castro-Gómez, Flórez Malagón y Millán de Benavides, Sesión 4).

Pero a Martín-Barbero no sólo le agradecemos su conjuro; también la compañía que durante varios años nos ha regalado, tanto en seminarios como en coloquios. Recordamos con afecto los momentos en los cuales discutimos enérgicamente cuál es el sentido de hacer estudios culturales en un contexto, como el latinoamericano, donde, en sus propias palabras, la independencia se nos debe, la secularización no es total y cada vez más las voces que emergen son heterogéneas. Para Martín-Barbero, en este contexto, un proyecto de estudios culturales, pensado como un lugar epistemológico y metodológico, no tiene sentido sin una política de transformación social que permita la movilización de nuevos modos de existencia de las sociedades, idea que compartimos en absoluto.

Además de subrayar la importancia de la mediación de los mensajes, la vida cotidiana y el *habitus* del público receptor, Martín-Barbero ha aportado a temas como la rearticulación de lo público y lo privado en el ámbito de la ciudad globalizada, las nuevas tecnologías de comunicación con relación a la educación, los proyectos de nación de grupos minoritarios y la rearticulación de las relaciones contemporáneas entre prácticas culturales y vida cotidiana. En este horizonte, Jesús Martín-Barbero, Néstor García Canclini, José Joaquín Brunner y Renato Ortiz, entre otros, representan el tránsito de una tradición disciplinar a campos de conocimiento más amplios, dando cuenta de un pensamiento renovado en América Latina sobre las relaciones entre cultura y poder.

Para mediados de la década del noventa, en Colombia, Carlos Rincón —*La no simultaneidad de lo simultáneo; Mapas y pliegues*—, desde el estudio de la literatura, pone en escena la discusión sobre el pensamiento posmoderno, es decir:

[...] en medio de la crisis de legitimación de los discursos académicos, cuando se ha proclamado sin dejar lugar a dudas el fin de los metarrelatos (mas no de las ideologías, ¿o es que vamos a empezar a creer que el neoliberalismo y el consumo no son ideologías?), ante la globalización de los mercados y la desterritorialización de lo simbólico, ¿en dónde ubicarnos para leer? (Von der Walde, 111).

En efecto, Rincón pregunta por la cultura y la estética, por las narraciones latino-americanas, sus metáforas y sentidos, en un mundo occidentalizado, colonial, cuyos fundamentos ontológicos desaparecen con rapidez. Con esta discusión introduce, de manera contundente, el campo de los estudios culturales y su pertinencia en la experiencia regional:

¿qué clase de desafío —y para qué instancias— pueden constituir en América Latina los estudios culturales? ¿Cuáles son las nuevas perspectivas que vienen a ofrecer sobre las culturas de América Latina contemporánea, más allá de los resultados de las formas de análisis cultural que habrían practicado las disciplinas establecidas?” (Rincón, 159).

Por medio de estas preguntas, Rincón propone una cartografía pionera de los debates internacionales propios del campo e invita al diálogo de experiencias regionales y uso de teorías metropolitanas en la periferia, pensando las implicaciones teóricas, éticas y políticas que ello puede acarrear, tarea que ha continuado, de manera brillante, Sarah de Mojica —*Constelaciones y redes; Mapas culturales para América Latina*—.

Con el trabajo de Rincón, a mediados de la década del noventa, se empieza a consolidar un público para el campo, hoy todavía emergente, de los estudios culturales, siempre en relación profunda con el campo de los estudios de la comunicación, las humanidades y las disciplinas sociales. En esa misma época, la biblioteca Luis Ángel Arango, el Ministerio de Cultura, el Instituto Distrital de Cultura y Turismo (IDCT) y el Convenio Andrés Bello (CAB) patrocinaron en Bogotá encuentros internacionales de estudios culturales, en los cuales participaron figuras como Carlos Monsivais, Beatriz Sarlo, Nelly Richard, Walter Mignolo, Hugo Achúar y Martin Hopenhaym, entre otros. De estos convenios se destaca la publicación de tres volúmenes, patrocinados por el Centro de Estudios Sociales (CES) de la Universidad Nacional, hoy fundamentales para pensar los antecedentes del proyecto en mención: *Cultura, medios y sociedad* (1998); *Cultura y globalización* (1999) y *Cultura y región* (2000) (Castro-Gómez y Restrepo, 9; Humar, 12).

Aquí es preciso aclarar que suponer una dependencia de los estudios culturales respecto de la vida académica es un error, tanto en la experiencia colombiana como en otras experiencias regionales. Si bien es cierto que el campo de los estudios culturales se consolida gracias al apoyo institucional y académico, también es cierto que la práctica de los estudios culturales —pensada como una estrategia de intervención, en la cual lo cultural es un lugar epistemológico y metodológico deseable— ya se venía haciendo. Ciertamente, desde experiencias como el movimiento feminista, en su corriente más cultural (ver: Garzón Martínez), o desde los movimientos étnicos, por citar algunos

ejemplos, en palabras paradójicamente de un intelectual, “nosotros habíamos hecho estudios culturales mucho antes de que esta etiqueta apareciera” (Martín-Barbero, en línea). No obstante, aquí preferimos limitarnos a una descripción de la experiencia académica, pues es ésta la que se relaciona de manera directa con la Especialización en Estudios Culturales.

Al final de la década del noventa empieza a observarse un verdadero anclaje institucional de los estudios culturales: el Ministerio de Cultura incluye a los estudios culturales como área de investigación en ciencias sociales para sus programas de becas. La Universidad del Rosario abre un programa de diplomado en gestión cultural el cual, sin embargo, no ha adoptado el tema de lo cultural en sus dimensiones políticas, centrándose en la tarea de formar gerentes culturales; el Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos de la Universidad Central (antiguo DIUC), por medio de su revista *Nómadas*, crea un espacio de reflexión en torno a temas de estudios culturales, el cual moviliza parte de lo que hoy es la Maestría en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos; la Universidad Nacional abre el primer programa de Maestría en Estudios Culturales del país; la Universidad de los Andes, desde su Maestría en Antropología y la Carrera de Lenguajes y Estudios Socioculturales, incorpora cursos que piensan los estudios culturales, los cuales serán parte de su Maestría en Estudios Culturales (Castro-Gómez y Restrepo, 9); por último, la Universidad Pedagógica propone seminarios de estudios culturales desde su facultad de Humanidades.

En otras experiencias locales se destacan el esfuerzo de la Universidad de Antioquia por financiar investigación en estudios culturales; la Universidad EAFIT que, desde su departamento de Humanidades, propone una “ruta en estudios culturales”; y la Universidad del Magdalena que ofrece un programa de gestión y estudios culturales, centrado en la parte más administrativa de la cultura. Aquí cabe destacar los numerosos grupos relacionados con los estudios culturales registrados en Colciencias, a nivel nacional, como un indicador interesante.

En nuestro caso particular, el interés por pensar el campo de los estudios culturales en la Universidad Javeriana tiene varios precedentes: la reactivación del Instituto Pensar como instituto de estudios sociales y culturales; la realización de eventos y cursos con respecto a los estudios culturales en Latinoamérica; la publicación de varios volúmenes que movilizan discusiones, entre otras, sobre género, ciencias sociales, crítica poscolonial, transdisciplinariedad, y la constitución de la Especialización en Estudios Culturales.

La reactivación del Instituto Pensar, en 1998, representa el primer antecedente del programa de Especialización cuando hace posible la reunión de varias experiencias en estudios culturales bajo un mismo proyecto:

[...] el fortalecimiento de un tipo de investigación transdisciplinaria que sea capaz de dar cuenta de los graves problemas económicos, políticos y culturales por los que atraviesa Colombia en los inicios del siglo XXI. Esto significa que los proyectos de investigación, así como todas las actividades adelantadas por *Pensar* son consideradas, ante todo, como un servicio que la Universidad presta a la sociedad colombiana, entendiendo que el bienestar de la comunidad humana es el sentido y la finalidad última del conocimiento (Instituto Pensar, en línea).

Como un lugar dedicado a producir conocimiento social y cultural, *Pensar* ha adoptado los estudios culturales como orientación central en su investigación y actividad académica. Esto se ha traducido en varias acciones o estrategias: la primera tiene que ver con la creación de líneas de investigación pensadas desde los estudios culturales, la conformación del grupo de investigación de Estudios Culturales y la formación de varias generaciones de jóvenes investigadores en el campo. La segunda, con la firma de convenios con universidades extranjeras, entre los cuales destacamos los convenios con la Universidad de Duke y con la Universidad Andina Simón Bolívar, que han patrocinado discusiones pertinentes sobre colonialidad y transdisciplinariedad, compiladas en el volumen *Indisciplinar las ciencias sociales* (Castro-Gómez, Schiwy y Walsh). La tercera estrategia tiene que ver con la realización de encuentros académicos, entre los cuales se destaca el simposio internacional “La reestructuración de las ciencias sociales en los países andinos. Transdisciplinariedad en tiempos de globalización”, llevado a cabo en 1999, que reunió a figuras como Fernando Coronil, Sarah de Mojica, Jesús Martín-Barbero, Aníbal Quijano, Zandra Pedraza Gómez, Ana María Ochoa, Zulma Palermo, entre otros. Allí, las discusiones giraron en torno a dos ejes: la misión de las ciencias sociales latinoamericanas en un contexto de globalización y las relaciones entre política, ética y conocimiento (Humar, 14). Como fruto de este encuentro se publicaron *Pensar (en) los intersticios* (Castro-Gómez, Guardiola Rivera y Millán de Benavides) y *La reestructuración de las ciencias sociales en América latina* (Castro-Gómez).

También es importante reseñar el diplomado “Estudios culturales latinoamericanos”, realizado en el 2001, con la participación de Alberto Moreiras, Mabel Moraña, Daniel Mato y Catherine Walsh; la convocatoria semestral de la Cátedra Michel de Certeau, que ha tenido como invitados, entre otros, a Carlos Rincón, y la realización, en asocio con CLACSO, de la Cátedra Virtual Florestan Fernandes “Estudios culturales en Latinoamérica”, llevada a cabo en el 2003, con la orientación de Santiago Castro-Gómez, Alberto Flórez Malagón y Carmen Millán de Benavides.

Estos sucesos sirvieron de preámbulo para la fundación de la Especialización en Estudios Culturales, el primer programa de posgrado de esta naturaleza en Colombia. En el 2002, con la compañía de Santiago-Castro Gómez, Ingrid Bolívar, Alberto Flórez y Víctor Manuel Rodríguez, empezamos este proyecto que ya lleva cinco generaciones

de egresados y egresadas. Aquí se han discutido varios puntos importantes, bajo una apuesta política compartida, pero entendida desde diferentes experiencias: el mundo es cambiante, o mejor aún, los posibles mundos son eso, posibles. Así, cobran importancia las preguntas que no sólo cuestionan la relación entre cultura y poder; también sobresalen aquellas que indagan sobre las políticas de la práctica intelectual, los horizontes de intervención de los estudios culturales, el sentido de la acción política, y las implicaciones de la producción del conocimiento.

Este transcurrir ha estado acompañado por la presencia constante de Santiago Castro-Gómez. Para muchos intelectuales latinoamericanos, Castro-Gómez es —usando una metáfora falogocéntrica— la punta de lanza de los estudios culturales regionales. Indudablemente, ha sido uno de los principales gestores de las discusiones sobre la reestructuración de las ciencias sociales en Latinoamérica: *Reestructuración de las ciencias sociales; Indisciplinar las ciencias sociales*, coeditor junto con Catherine Walsh y Freya Schiwy; la modernidad/colonialidad en Colombia, *Pensamiento del siglo XIX: Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia*; y tal vez su mayor aporte a los estudios poscoloniales en la región, *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, coeditor junto con E. Mendieta; *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, coeditor con Oscar Guardiola y Carmen Millán de Benavides; *La hybris del punto cero. Ciencia, raza y educación en la Nueva Granada. 1750-1816*.

En el 2002, Castro-Gómez asume el reto de coordinar el primer programa de posgrado en estudios culturales. Desde entonces, su labor en y para la especialización ha sido tenaz. Entre otros aportes, debe destacarse su compromiso con la formación en el campo, desde sus propios seminarios, apoyando procesos de incorporación de egresados como profesores de la especialización, o con las contribuciones que ha realizado con su obra. Para nosotras y otros, más que un maestro o una punta de lanza, Santiago es un buen compañero y un mal consejero. Parte importante del volumen que ponemos a consideración no hubiera sido posible sin su colaboración. Con esto queremos expresar nuestro agradecimiento y afecto al inventor de demonios, pensador rizomático, desmemoriado crónico, mano autoexistente, vendetta.

Como consecuencia de este compartir, y también con la complicidad de Víctor Manuel Rodríguez, Eduardo Restrepo y Alfonso Castellanos, la Especialización en Estudios Culturales ha realizado dos coloquios de estudiantes y uno de profesores y profesoras. El primer coloquio de estudiantes, celebrado en mayo de 2004, titulado “Estudios culturales en disputa”, en virtud de nuestra propia experiencia, las confusiones y los apasionamientos teóricos, discutió sobre la pregunta ¿qué son los estudios culturales? Allí, se contó con la participación de académicos invitados de la Universidad de los Andes, del Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH y, en especial, con la participación de Jesús Martín-Barbero, quien habló de sus itinerarios en el campo.

El segundo coloquio de estudiantes, que llevó el mismo nombre, se realizó a mediados del 2005 y contó con la participación de Sarah de Mójica, quien narró sus trayectos en el campo de los estudios culturales; a ella, gracias por acompañarnos en esta experiencia. El coloquio convocó tanto a egresadas y egresados como a profesoras y profesores, estudiantes y un numeroso público de diferentes universidades de la ciudad. Lo que quisiéramos subrayar de este coloquio es la tendencia, cada vez mayor, de articular las prácticas artísticas al campo de los estudios culturales. De hecho, además de discutir temas a propósito del cuerpo, la representación y las nuevas tecnologías, se movilizó un grupo de intervenciones artísticas, de diferente naturaleza, las cuales se preguntaron por la relación entre estética y política en tiempos de globalización.

El coloquio de profesores fue realizado en abril de 2006 en dos jornadas. Allí, las y los docentes de la Especialización hablaron sobre sus ejercicios investigativos en el campo de los estudios culturales. Temas como el capitalismo y la intimidad, el cuerpo, la cibercultura, el carnaval, la ciudadanía, las artes plásticas, los movimientos sociales y los problemas metodológicos y sus implicaciones políticas y epistemológicas, fueron discutidos ampliamente.

En la actualidad, la Especialización cuenta con varias generaciones de egresados y egresadas, tres semestres en marcha, algunos descalabros y varios proyectos articulados tanto al mundo académico como al activismo fuera de la academia. En ese marco, presentamos este volumen, como parte constituida por ese transcurrir, pero también constituyente del mismo. A continuación, exponemos un mapa del libro y algunas de nuestras propias ideas y preguntas sobre los proyectos que lo componen.

Intervenciones en estudios culturales

Como ya dijimos, los artículos que componen este volumen afirman las distintas posibilidades analíticas, políticas e investigativas presentes en la producción de conocimiento en el campo de los estudios culturales. ¿Qué une a estos artículos? Según pensamos, por lo menos tres improntas importantes: la necesidad de fracturar regímenes de verdad y re-presentaciones que naturalizan el orden social hegemónico, la importancia de hacer visibles otras formas de producción de conocimiento y la reconstrucción de prácticas intelectuales articuladas a experiencias vitales. Aquí, en efecto, la política del trabajo intelectual, producto de la suma de esas improntas, recobra importancia como un ejercicio que busca nombrar, provocar, machacar, insistir, resistir, denunciar, con miras a propiciar fracturas al modelo social imperante. Así pues, consideramos que estos artículos se orientan en esa dirección, compartiendo, desde

diferentes perspectivas, experiencias y prácticas, la exploración de lugares de acción política desde la academia, pero no anclada obligatoriamente a ella.

También, lo que cruza estos proyectos, de manera común, son las discusiones que han marcado el transcurrir en la Especialización en Estudios Culturales: aquellas que hacen referencia a la relación entre economía y cultura, identidad, género y sexualidad, políticas culturales, usos de la tecnología y movimientos sociales como escenarios de transformación subjetiva. Por supuesto, aquí también debemos ubicar a las y los autores que han sido privilegiados, por uno u otro motivo, y cuyas ideas son citadas de forma reiterativa a lo largo del volumen. Por último, reconocemos una fuerte tendencia a la lectura de teorías metropolitanas que pueden no dar cuenta, de manera satisfactoria, de las realidades que vivimos en el país. Sin embargo, consideramos que varias de sus teorías, apuestas metodológicas y presupuestos conceptuales, abren posibilidades de análisis para pensar complejas realidades sociales. Dejamos expuesto el horizonte y apuestas compartidas en este volumen, para invitar a que otros aportes lo sigan construyendo.

Bitácoras, itinerarios, senderos

El libro está compuesto por nueve artículos que construyen bitácoras, o tal vez itinerarios, o mejor senderos de fragmentos superpuestos. A continuación presentamos las principales ideas planteadas por las y los autores:

El primer artículo, “Música y acontecimiento: una mirada a la crítica musical desde los estudios culturales”, de Oscar Hernández Salgar, analiza las posibilidades y límites de la crítica musical contemporánea, articulando, por un lado, el estudio de las transformaciones que durante los dos últimos siglos se han presentado en la producción musical, la noción de arte y el papel del crítico; y, por el otro, una aproximación etnográfica al festival Rock al Parque (2003), como estudio de caso que le permite problematizar el papel del crítico musical en la sociedad actual.

¿Qué sentido tiene hacer crítica musical si se ignora la razón de ser de los músicos y de la música en la sociedad? ¿Cómo era posible no ver en el festival Rock al Parque un pretexto para la aparición de diferencias controladas, una estrategia de pacificación? Son algunas de las preguntas que se plantea Oscar en su artículo y ratifican la necesidad de pensar en una crítica *fatal* —en términos de Morris—; es decir, una que asuma la imposibilidad de abarcar totalmente su objeto, al entender que las prácticas musicales están ligadas a inmensos aparatos de significación. De allí que la labor del crítico estaría, entonces, en denunciar las estrategias de fijación del significado —que se ponen en

marcha a través de aparatos como la industria y los medios de comunicación— lo que conllevaría a que el crítico se asuma a sí mismo como un participante más en el juego de significados sobre lo musical, pero también que entienda la importancia política de su papel.

El segundo artículo, “Montserrat Ordóñez y ‘la escritora excluida’. Notas sobre la crítica literaria feminista en Colombia”, de María Teresa Garzón Martínez, interroga por las relaciones entre representación y política en el campo de la crítica literaria feminista en Colombia. Con tal fin se centra en la obra crítica de Montserrat Ordóñez; en especial, en la representación: la “escritora excluida”, cuyo paradigma es la novelista Elisa Mujica.

Aquí se hace problemática la idea de que la “escritora excluida” de Ordóñez no es una mujer excluida por mujer, sino por escritora. ¿Por qué excluir a la escritora y no a la mujer? ¿Qué ejercicios de poder garantizan este tipo de exclusión? Para María Teresa, presumiblemente, se estaría movilizandando una “política de la representación” que pone en juego tanto agendas políticas —reconocimiento del trabajo de la escritora como tal— como la reproducción de condiciones de verdad —existencia de una literatura escrita por mujeres—, pero también ejercicios de exclusión. Por ello señala que el uso de representaciones en el interior de la crítica literaria feminista debe asumir la tarea de formular una crítica de las categorías de identidad que crea, naturaliza e inmoviliza las representaciones de las mujeres escritoras y las escritoras, sin que ello suponga negar la importancia de las políticas de la representación o la necesidad política de citarnos.

El tercer artículo, “Salud mental y mujer: mecanismos de una interpelación ideológica desde el ciberespacio”, de Paola Ximena Cárdenas Jaramillo, analiza cómo en los medios de comunicación —prensa, revistas e Internet, entre otros—, en publicaciones de carácter “científico”, en otras dirigidas al público general, e incluso en los discursos del Estado, se ha constituido un vínculo entre salud mental y mujer. La autora centra su indagación en la *web* en tanto le interesa advertir qué sucede con los sitios de enunciación —que son la fuente de autoridad de los discursos— y si se desdibujan o cambian cuando circulan en el ámbito abstracto del ciberespacio.

La pregunta que guía este artículo es ¿a través de qué mecanismos los discursos sobre la salud mental que se despliegan en el ciberespacio y en las revistas femeninas, y que de alguna forma se reproducen en los discursos “oficiales”, articulan un cierto tipo de representación de la mujer a partir de su vinculación con la categoría de “salud mental”? Esta pregunta, según Paola, tiene que ver con la manera en que esos discursos, especial e idealmente dirigidos a “las mujeres”, interpelan a un cierto número de “individuos” que devienen sujetos femeninos al sentirse interpelados. En ese sentido, el estudio no reflexiona sobre las representaciones de mujer para verificar si se adecuan o no “a la verdadera condición psicológica de las mujeres”; por el contrario, indaga sobre el tipo de relaciones que se entretienen entre poder, saber y verdad dentro de

tales representaciones, así como del tipo de “procesos de subjetivización” que se están llevando a cabo a través de estos discursos.

En una perspectiva afín, el cuarto artículo, de Ana Lucia Ramírez Mateus, “Memorias de niñas raras”, reconociendo cómo la violencia de las normas de género y de la heterosexualidad obligatoria tiene efectos gravísimos sobre los cuerpos y las vidas de las mujeres no heterosexuales, no biológicas, no normativas, reflexiona sobre la creatividad con la cual es posible hacer resistencia y contradecir las normas y obligaciones que culturalmente se han asignado a las mujeres desde su infancia. Para ello, recurre a los relatos de Claudia, Gabriela y “...”, con la intención de cuestionar, desde la memoria, los marcos interpretativos dominantes sobre la heterosexualidad, en los que existe una correspondencia entre sexo-género y una definición de mujer en tanto un cuerpo con especificidades anatómicas. En ese sentido, se enfatiza en la “rareza” de estas memorias, como un escenario de trasgresión del orden establecido por las normas de género. Lo “raro”, entonces, sería una referencia irónica a la forma como cotidianamente el discurso hegemónico se refiere a las prácticas que se escapan de su explicación.

En el quinto artículo, “Parejas *swingers*: ¿una alternativa a las formas de dominación del deseo?”, Nancy Prada Prada retoma su propia experiencia *swing*, como fuente de información para analizar cómo ésta práctica se configura en un espacio de resistencia a ciertas normatividades sexuales. Nancy también reflexiona sobre el *swinging* como un fenómeno que se inscribe en la sociedad global y que por lo mismo perpetúa hegemonías de orden sexual, entre las que sobresale la heteronormatividad.

Para Nancy, el análisis de estas formas de construcción del deseo, desde los estudios culturales, permite un replanteamiento del análisis cultural, encontrando en realidades emergentes, como el *swinging*, un campo fértil para la producción de conocimiento. De esta forma, se estaría configurando una crítica a la política de producción de saber, ya que se exploran objetos y estrategias de investigación que toman distancia de conocimientos institucionales, generando un cuestionamiento del orden social y de los regímenes de verdad imperantes.

El sexto artículo, “El conflicto entre letra y voz y los límites de la representación”, de Edicsson Esteban Quitián Peña, propone recuperar la vigencia de las luchas entre letra y voz, literatura y oralidad, y elite y subalternos. Para ello, inicialmente retoma los planteamientos de Antonio Cornejo Polar, quien plantea comprender la literatura latinoamericana desde su conflicto básico: la disputa entre letra y voz, para luego poner en discusión el concepto de transculturación de Ángel Rama con las reflexiones de John Beverley sobre el multiculturalismo. Finalmente, analiza el episodio Rigoberta Menchú-Miguel Ángel Asturias como parte de la historia de la contradicción entre literatura y oralidad.

Según Edicsson, a diferencia del concepto ampliado de literatura que plantea Cornejo Polar, como expresión de la heterogeneidad cultural latinoamericana, en la

transculturación propuesta por Rama, la oralidad no irrumpe para problematizar la literatura, sólo es incorporada pacíficamente para reforzar la idea de la alta cultura como el espacio por excelencia de la representación. Esta discusión le permite retomar la perspectiva multicultural propuesta por Beverly, como una manera de llevar hasta sus más inesperadas consecuencias la idea de igualdad. De esta forma, se reconoce que las narraciones orales subalternas se posicionan como contra-narraciones nacionales, en la medida en que la nación producida desde la letra excluye la participación subalterna en la construcción de lo nacional. En el marco de esta discusión resulta sugestiva la pregunta propuesta por el autor: ¿debemos abandonar la historia que empiezan a narrar las crónicas coloniales y el *wanka* inca, y que continúa Cornejo Polar a través de su concepto de heterogeneidad, Ángel Rama con la noción de transculturación y John Beverley con su apuesta multicultural, es decir, abandonar la narración de la confrontación entre letra y voz?

Aún más, siguiendo el caso Menchú-Asturias y respondiendo a una política del trabajo intelectual cuya apuesta propone una lectura no letrada de la literatura, la pregunta se complejiza, perturbando las mejores intenciones. Entonces, ¿es posible tal modo de abordar lo literario, sin reproducir su hegemonía? ¿No es esta forma de abordar lo literario una manera inédita de tomarse la voz por medio de la letra, esta vez en nombre de la política subalterna?

El séptimo artículo, de Nydia Constanza Mendoza Romero, “Ese otro que también me habita. Reflexiones sobre la diferencia, el multiculturalismo y la interculturalidad”, analiza las razones que motivan el auge de las políticas multiculturales en las agendas políticas nacionales y globales, las implicaciones que ha tenido la inclusión de la diversidad para los grupos culturalmente diferenciados y las posibilidades de visibilizar las diferencias sin que ello necesariamente signifique su inclusión en el sistema social imperante.

Partiendo de la tesis de que las categorías definidas contemporáneamente para nombrar la “otredad” son construcciones de sentido, a través de las cuales se hacen visibles posiciones de grupos dominantes y se configuran estatutos de normalización que definen los límites entre “nosotros” y los “otros”, Nydia Constanza realiza una discusión sobre el “racismo soterrado” que configura el multiculturalismo liberal, analizando las transformaciones que en materia de identidad han tenido que afrontar los colectivos étnicos del país, como resultado del reconocimiento constitucional de la diversidad étnica y cultural.

Así, evidenciando las potencialidades de la afirmación radical de las diferencias, como estrategia de visibilización de las desigualdades que genera el sistema capitalista actual, la autora retoma los planteamientos de Walsh, para presentar las posibilidades del proyecto intercultural como un reto epistémico y político que agencia nuevos modos de construir y posicionar subjetividades y políticas de identidad. De esta

forma, se busca movilizar una crítica a las posturas que entienden la relación con la “otredad” como un asunto de voluntad personal y no como un problema enraizado en las relaciones de poder.

El octavo artículo, “La (bio)colonialidad del poder. Cartografías epistémicas en torno a la abundancia y la escasez”, de Juan Camilo Cajigas-Rotundo, se pregunta por la forma como los discursos moderno/coloniales no solamente producen subjetividades y territorialidades, sino también “naturalezas”. En este sentido, Juan Camilo propone una lectura de la naturaleza que, por un lado, evidencie los dispositivos poscoloniales presentes en las actuales luchas por la definición de la biodiversidad, y por el otro, escape a las posturas que reifican y esencializan a las poblaciones locales implicadas en este conflicto. Por ello considera central ampliar la noción propuesta por Aníbal Quijano de “colonialidad del poder”, por la de (bio)colonialidad del poder, para referirse a la actual producción de la naturaleza en el marco del capitalismo posfordista.

Además, propone distinguir entre una biodiversidad hegemónica y una biodiversidad contrahegemónica, las cuales configuran dos relatos que sintetizan las posiciones en conflicto en torno a este problema: el relato de la “escasez” y el relato de la “abundancia”. Entonces, ante la necesidad de superar la crisis ambiental actual, Juan Camilo considera prioritario construir un espacio intercultural que privilegie una “gnosis de frontera”, para hacer emerger otros modelos de naturaleza que se concreten en una conciencia ecológica global.

Por último, el artículo de Liliana Díaz Figueroa, “Noticias de ‘héroes y villanos’. ¿Estrategias de guerra?”, a través de un seguimiento periodístico a la forma como son representados los actores del conflicto armado —guerrilla, paramilitares y también algunos actores estatales—, en un diario de circulación nacional como *El Tiempo*, analiza cómo este periódico ejerce un control biopolítico mediante la publicación polarizada de la información y gracias, también, a la creación de imaginarios de miedo, peligro y angustia. Por medio del miedo se puede controlar, crear necesidad y atrapar a la población dentro de un imaginario que permite mantenerla bajo control. Este control, además de asegurar alianzas valiosas del Estado con la sociedad civil, también funciona como una estrategia que lo invisibiliza como actor con responsabilidades dentro del conflicto, lo salvaguarda, cuida su imagen.

Según Liliana, mediante la exhibición de representaciones que generan miedo, *El Tiempo* se estaría convirtiendo en la voz de las necesidades de “captura” del Estado y, con ello, sería una estrategia más de guerra. Ciertamente, al polarizar la información, *El Tiempo* es partícipe activo de la violencia. No obstante, cuando *El Tiempo* representa una noticia, el evento, como cualquier otro, sufre un “envío”, deja de ser “puro”, pues tuvo que entrar dentro del mundo de signos de los testigos o las víctimas que narran el evento, como del periodista que describe el suceso y lo vuelve re-presentación, en una cadena infinita de significación. Lo anterior permite, entonces, una mediación, un

error en el envío que limita, perturbando, la “sujeción” que pretende el mensaje. Aquí, como la misma autora lo dice, quedan en el aire muchas preguntas: ¿cómo ejercer el derecho al autocontrol? ¿Cómo hacer resistencia a la dominación y a la biopolítica? ¿Qué prácticas específicas y concretas habrá que llevarse a cabo para funcionalizar esta resistencia?

No quisiéramos terminar estas notas sin agradecer a las amigas y los compañeros que han acompañado, de una u otra forma, este proyecto. A las y los articulistas de este volumen. A Santiago Castro-Gómez y Alfonso Castellanos por la confianza depositada en nosotras. A Eduardo Restrepo, periquito pin pin, por patrocinar la disputa. A Ingrid Bolívar por todo y más. A Víctor Manuel Rodríguez por explicarnos la diferencia entre estudios culturales y *Cultural Studies*. A Alberto Flórez por los espacios. A Juan Ricardo Aparicio por regalarnos la idea de voltear el mundo al revés. A Ana Lucía Ramírez Mateus y a Claudia por permitirnos usar la foto que aparece en la portada. A Miguel Antonio Gil por la paciencia. Y al Instituto Pensar, en especial a Carmen Millán de Benavides, y la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana.

Bibliografía

- Castro-Gómez, S. y Restrepo, E. (2004). “Propuesta de Maestría en Estudios Culturales”. Bogotá: Documento institucional. Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, S.; Flórez Malagón, A. y Millán de Benavides, C. (2003). *Cátedra virtual Florestan Fernandes: Estudios culturales en Latinoamérica*. C.D. Instituto Pensar. CLACSO: sesión 4.
- Humar, Z. (2005). “Atravesando disciplinas. La institucionalización de los estudios culturales en Colombia”. Proyecto de Aplicación Práctica no publicado. Pontificia Universidad Javeriana.
- Instituto Pensar (en línea). Disponible en: <<http://www.javeriana.edu.co/pensar>>. Consulta del 11 de febrero de 2006.
- Martín-Barbero, J. “Nosotros habíamos hecho estudios culturales antes de que esa etiqueta apareciera”. Disponible en: <<http://www.javeriana.edu.co/pensar/Rev33.html>> Consulta del 11 de febrero de 2006.

Rincón, C. (2001). “Metáforas y estudios culturales”. En: S. de Mojica (ed). *Mapas culturales para América Latina. Culturas híbridas. No simultaneidad. Modernidad periférica*. Bogotá: Instituto Pensar.

Von der Walde, E. (2001). “La no simultaneidad de lo simultáneo de Carlos Rincón”. En: S. de Mojica (ed). *Mapas culturales para América Latina. Culturas híbridas. No simultaneidad. Modernidad periférica*. Bogotá: Instituto Pensar.